

LA ESCLAVA HÉCATE

Al atardecer el sol del desierto se oculta tras los palmerales de la loma. Con el día ya vencido, el sultán disfruta en privado de los placeres de su harén. Dos mujeres, jóvenes y entregadas, masajean con reverencia la desnudez de un cuerpo acostumbrado al tacto, al deleite de los sentidos. El perfume de los jazmines del jardín se entremezcla con las esencias de los aceites que hidratan su piel, envolviendo en sensualidad unas caricias que pronto se vuelven cada vez más íntimas.

Cuatro manos de miel pueden terminar en segundos con la resistencia de un hombre, así que cuando el sultán es consciente de no dominar su propia excitación, se incorpora con dificultad para dirigirse a la alcoba de la esclava Hécate, su favorita. Atrás queda la musicalidad del agua en la fuente, el olor del jazmín y dos hermosísimas mujeres acariciándose entre sí. El sultán atraviesa el umbral de los aposentos de Hécate sin anunciarse, con la autoridad de quien es amo y señor de cuanto le rodea. La alcoba está silenciosa y en penumbra. Frente a la silueta de la esclava, el sultán deja caer al suelo la sábana que envolvía sucintamente su cuerpo, aún erecto y desafiante como una daga afilada.

En el lecho dormita Hécate, invisible, agazapada en la oscuridad de la estancia. La mujer separa perezosamente sus párpados cuando identifica el sonido de unas pisadas que le resultan familiares. Con sus ojos entreabiertos acompaña los pasos del sultán hasta situarse al pie de su cama. Contempla impávida la caída de la sábana para descubrir la soberbia de un cuerpo que ya conoce. Los cabellos rubios y ensortijados, los hombros anchos, musculosos, con un punto de rudeza concedido en mil batallas, la piel tostada en oro de los hombres que han crecido en el desierto...

Hécate comienza a desperezarse con una lentitud premeditada y sensual. De entre las sedas que la cubrían sobresale ahora la desnudez de un cuerpo perfilado en piedra, como una antigua diosa griega. Siguiendo un

ritual de cortejo repetido tantas noches, Hécate se incorpora despacio del lecho al tiempo que el sultán retrocede dos, tres, cuatro pasos, inclinando su rostro sin aceptar el desafío de la mirada de su esclava. El hombre se arrodilla en el suelo mientras la esclava avanza hacia él con la certeza de saberse dueña de la situación, parsimoniosa como una pantera que se relame ante una pieza ya cobrada. Hécate toma de un estante una palmatoria con la que perfila el cuerpo masculino, corrigiendo su postura, recorriendo el perfil de sus redondeces.

Pero ya el sultán no puede ver esos ojos isleños que lo contemplan con deseo y un atisbo de maldad, ni sentir como la lengua de Hécate humedece lasciva sus propios labios, que mordisquea en un gesto repentino de impaciencia. El sultán yace ajeno a todo ello con la frente apoyada en el suelo, postrado, sus poderosos brazos de guerrero paralelos a lo largo del torso, sus nalgas elevadas en súplica. Todo él hecho ofrenda...

Justo en ese momento Hécate eleva con fuerza su brazo, la palmatoria zigzaguea rasgando el aire, y el silbido del primer azote ahoga el quejido del sultán. El tiempo se detiene entonces en esta noche caliente, y hasta que las primeras luces del alba asomen de nuevo entre las dunas, el sultán se convertirá en un entregado esclavo, y su esclava Hécate en deliciosa sultana.